

FAMILIA Y EDUCACIÓN EN LA MODERNA SOCIEDAD INDUSTRIAL

(s/f)¹

«En alguna parte y hace años he leído que *la educación es amor y disciplina*, y, aunque no recuerdo bien quién era el autor de esa sentencia, no la he olvidado, porque es muy justa y verdadera: educación equivale a amor y disciplina, al amor severo del que se habló hace años. Ese aforismo -la educación es amor y disciplina- es la síntesis más valiosa y la guía más segura y correcta de la educación que debe practicar la familia en la sociedad industrial capitalista. Puede ser también el lema de nuestras familias, que están adquiriendo todos los caracteres de las familias urbanas industriales.»

Eloy Terrón Abad

Durante miles de años la familia ha sido la unidad de producción, de reproducción y de consumo del hombre. Pero no se trata de entrar a discutir aquí la composición histórica de la familia, pues el análisis se va a limitar a la familia patriarcal que nos precede, típica de los países del Occidente europeo. Puede darse por supuesto que esta familia estuvo compuesta por un matrimonio principal, los hijos (alguno de ellos, a su vez, casado) y algún pariente colateral. Para lo que se pretende, lo importante es el hecho de que en ese tipo de familia los padres -el matrimonio- producían los alimentos y engendraban, criaban y educaban a los hijos sin control ni ayuda de nadie, bajo su propia responsabilidad. Y, por lo demás, bastará con trazar un esquema muy rápido de la reproducción de la fuerza de trabajo que da continuidad y perduración a la sociedad, en sus tres aspectos de generación, alimentación y educación de la nueva mano de obra.

No se ha reflexionado mucho sobre la reproducción de la fuerza de trabajo y su influencia en la marcha y desarrollo de las sociedades, tanto en el pasado como en el presente. Este importante factor social ha sido meramente confiado a la “trampa del sexo”, a la llamada de la sangre y a otras ficciones similares. Pero -ante los avances del desarrollo económico y tecnológico y sus

¹ Texto inédito, sin fecha, pero de mediados de los años setenta. En el archivo del autor se conservan tan sólo las últimas cuartillas de la sección final del texto, editadas en su momento -con el título «La educación de los niños es amor y disciplina»- en esta BIBLIOTECA ELOY TERRÓN (*La sociología del sistema educativo español, de Eloy Terrón*, pp. 267-273). Esta edición, completa, ha sido posible gracias a la profesora de la Universidad de Oviedo Aída Terrón Buñuelos, que conserva una copia mecanoscrita del original, aunque en la misma faltan por desgracia las notas correspondientes a las llamadas a pie de página; en los años ochenta Eloy Terrón le proporcionó el mecanoscrito original a Mariano Fernández Enguita, con vistas a su posible edición, pero éste lo ha traspapelado. En cuanto a la fecha aproximada del texto, su autor dio una conferencia con el mismo título en Villafranca del Bierzo (León), en agosto de 1977 (en la que prestó sin duda una atención especial -con profundas resonancias autobiográficas- a “la familia campesina española y sus antecedentes”, como hace aquí); hay, además dos guiones de la misma época («Familia y educación en la sociedad industrial», de 31 de mayo de 1976, y «Familia y educación en la sociedad industrial. Planteamiento del problema», de 6 de julio de ese mismo año), que pueden verse en la antología citada (pp. 802-804); y en su momento supimos por él mismo de su inquietud ante las ideas confusas e irracionales de algunos de sus compañeros y compañeras del Colegio de Doctores y Licenciados del distrito universitario de Madrid, del que fue decano entre 1974 y 1979.- Transcripción y revisión del texto, de Rafael Jerez Mir (en cursiva, las palabras y las frases que aparecen subrayadas en el mecanoscrito).

repercusiones sociales, que prácticamente han acabado con la familia, unidad de producción y de consumo- todo está siendo sometido a profunda revisión. A lo que hay que añadir la difusión de los anticonceptivos, que han contribuido de modo decisivo a plantearse la pregunta ¿para qué tener hijos?

Ahora bien, aunque cualquier pareja con una cultura intelectual mediana, e incluso baja, se plantea hoy esa pregunta, no recibe ninguna respuesta racional, científica.

El hecho real, crudo, es que una pareja sacrifica su bienestar, su libertad, para tener hijos, los cría con trabajos y desvelos y los educa con sacrificios para que, en cuanto puedan valerse por sí mismos -en cuanto puedan integrarse en la actividad productiva-, renueven la fuerza de trabajo de la sociedad en beneficio de ésta en su conjunto, en general, y del empresariado, en particular. Llegado este momento, los hijos se casan y, vuelta a empezar. La sociedad carga la reproducción de la fuerza de trabajo sobre algunos de sus miembros -aquellos hombres y mujeres que se casan y que, de modo voluntario o involuntario, se deciden a tener hijos-, mientras que otros individuos -los célibes y los matrimonios que no quieren sacrificarse (cargándose de responsabilidades)- se benefician de los nuevos candidatos a puestos de trabajo. Y, todo esto, sin olvidar que la población envejece, se jubila y vive unos años del trabajo excedentario de las nuevas generaciones; sin ellas, el colapso social sería fulminante y terrible.

Para comprender bien nuestra situación actual se va a efectuar aquí, en primer lugar, un breve análisis de la realidad de la familia cuya imagen pesa todavía sobre nosotros y determina con creces nuestro comportamiento. Tal análisis se centrará en la familia campesina española, que es la que aún predomina en cierta medida aquí, tras un recorrido sumario a través de nuestros antecedentes históricos un poco más lejanos, sobre todo en el mundo feudal. Y, tras esto, se abordará el papel de la familia en las sociedades industriales actuales: sus relaciones con la producción y el consumo y su función como reproductora de la población y, en especial, de la fuerza de trabajo (esto es, la cría de los hijos y su educación, que es lo que constituye el propósito concreto de este, por llamarlo de alguna manera, librito).

Antecedentes y formación de la familia campesina española

Como ya se ha apuntado, la principal función que las sociedades históricas han atribuido al matrimonio (a la familia) es la reproducción de la especie: de hecho, la reproducción de la fuerza de trabajo para la sociedad.

Como es sabido, los regímenes esclavistas fracasaron porque la fuerza fundamental de trabajo solo se podía conseguir por dos caminos: las guerras de conquista, o de pillaje, y la compra de adultos a los estados o tribus extranjeros. En ambos casos el abastecimiento de mano de obra era irregular y no controlable; y también en los dos casos costaba oro y sangre (o tan solo oro) al país comprador. Los ensayos de “recrea” interna de esclavos fracasaron siempre, en la antigüedad lo mismo que en los Estados Unidos de América de los siglos XVIII y XIX. Ese método, de “recrea”, era muy costoso, y resultaba más rentable “cazar” esclavos que estuvieran ya criados por su familia o por su propio grupo social.

La incapacidad del Imperio Romano para obtener esclavos por conquista y la falta de oro para conseguirlos por compra fue el principal factor de la decadencia del mismo. Sin embargo, aunque de modo tardío y tímido, logró descubrir la solución al problema: la servidumbre (que se convertiría por cierto en el fundamento de un nuevo orden social: el feudalismo). Los dueños de esclavos comprobaron que, para resolver el problema de reproducir la fuerza de trabajo, bastaba con hacer algunas concesiones insignificantes a los esclavos: concederles una parcela de tierra, algún ganado, aperos y otros utensilios, autorizándoles a construir una choza; permitirles tomar una esposa y formar familia; y dejarles unas horas libres para trabajar su parcela y mantenerse con el producto de ésta, tanto ellos como su familia.²

Este pequeño e insignificante cambio en las condiciones de vida y de trabajo del antiguo esclavo fue suficiente para que se formara una familia que tomó sobre sí la pesada carga de reproducir la especie, incluida, por tanto, la fuerza de trabajo que necesitaba la clase dominante. Fue un extraordinario descubrimiento, pues la sociedad dispuso a partir de entonces de fuerza de trabajo abundante a muy bajo coste. Ya no hizo falta llevar a cabo sangrientas y destructoras guerras exteriores para conseguir mano de obra “gratis” o desembolsar oro o plata en los mercados de esclavos, puesto que se había descubierto un maravilloso filón de oro (aunque por entonces se ignorase aún «que, entre todos los capitales preciosos, el más valioso es el hombre»). A saber: cargar sobre las espaldas (sobre los músculos) de la misma fuerza de trabajo su propia reproducción, valiéndose de la “trampa del sexo”, mecanismo que aún sigue en vigor.

Esta fórmula tan sencilla -dotar a cada esclavo de una parcela de tierra, una choza, ganado, etc., y autorizarle a *casarse* y a formar familia- abrió nuevas y extraordinarias perspectivas a la producción agrícola, impensables en el régimen de esclavitud. Pues no sólo quedó asegurada la reproducción de la fuerza de trabajo, sino que hizo posible también el aprovechamiento (excesivo) del trabajo de las mujeres y de los niños. Quizás no fuera frecuente que la mujer y los niños del siervo trabajaran en el cultivo de las tierras llevadas por el señor de forma directa, aunque es posible que existiera ese tipo de prestación en los días de más agobio de la recogida de las cosechas. Pero lo que puede asegurarse es que el trabajo de la mujer y de los niños del siervo dejaron a éste más libre y mejor dispuesto para entregar su esfuerzo en beneficio del señor.

Por lo demás, esas condiciones iniciales cambiarían pronto con el paso de la prestación directa del trabajo en las tierras del señor a la participación de éste en los frutos de la tierra cultivada por el siervo. Con ese cambio, los señores se beneficiaron en gran medida del trabajo de todos los miembros de la familia del siervo, incluidos los niños, pues, en las nuevas condiciones, los esfuerzos de toda la familia se encaminaron a conseguir la mayor producción posible, al coste que fuera y aun cuando ello significase que el señor se llevara la mayor parte de la misma, en forma de tributo oneroso. El siervo y su familia necesitaban alimentos y, para lograrlos, no regateaban esfuerzos ni sacrificios. En cuanto al señor y por lo mismo, también le interesaba el aumento de la

² Primera llamada de nota a pie de página, sin el texto correspondiente.

familia del siervo, puesto que el número de sus componentes constituía parte importante de su poder y riqueza.

El aprovechamiento del trabajo de la mujer y de los muchachos en bien del abastecimiento de alimentos para la familia y, sobre todo, en beneficio de la economía de los señores abrió unas perspectivas asombrosas para el desarrollo de la población. Es verdad que cada hijo significaba más trabajo, puesto que había que alimentar una boca más, pero al cabo de pocos años también suponía disponer de más brazos para el trabajo de cultivar la tierra para la familia y -por más doloroso que esto les fuera- para el señor.

Tratándose precisamente de estas tierras (las de la España de pequeños campesinos), no es preciso insistir en aclarar cómo los campesinos pobres -pues no otra cosa eran los siervos- utilizaban el trabajo de los niños a partir de los 5 ó 6 años de vida en la realización de diversas tareas ligeras; y tampoco va a resaltarse aquí el enorme significado de este hecho para la educación de los niños y el cómo los condicionaba para la edad adulta.

Este brevísimo resumen del origen y expansión de la familia sierva -que resolvió los problemas que el régimen esclavista fue incapaz de superar- pone de relieve, tanto el carácter determinante de la forma de la producción y de la posesión de los medios de producción (que en esta etapa del desarrollo humano son ante todo la tierra más el ganado y los aperos de labranza), como sobre todo una cierta libertad para el hombre de disponer de sí mismo.

El esclavo comenzaba por no disponer de sí mismo: todos sus esfuerzos pertenecían al amo que lo había comprado (como hoy se compra una vaca o un caballo); y, por lo mismo, no podía ni quería formar familia, ya que sus hijos serían esclavos como él. Frente a esa condición del esclavo, el siervo "dispone" de una parcela de tierra, una choza, ganados, aperos y sobre todo de un cierto margen de libertad; de modo que ya podía constituir una familia y trabajar su parcela para alimentarse él y alimentar a su familia. Aunque también pagaba un alto precio por ese margen de libertad y por el derecho a reproducirse y a cultivar para sí la parcela de tierra: la entrega de la casi totalidad de su trabajo al señor de la tierra; el siervo pagaba la renta de la parcela que cultivaba para sí en trabajo, en días de trabajo con su ganado y aperos en las tierras cultivadas de forma directa por el señor. Pero, aunque su condición parezca tan precaria y tan mísera, porque en realidad lo era en grado sumo, también significó un avance enorme sobre la esclavitud: el siervo podía acostarse con su mujer, tener hijos, pasar muchas calamidades y miserias juntos, y sentir el calor humano, puesto que hombre y mujer, padres e hijos, podían amarse.

Las condiciones de existencia de los siervos mejoraron cuando los señores les entregaron todas las tierras con la condición de que tenían que pagarles como renta una porción de las cosechas, fijada por los propios señores. En algunas comarcas esa porción ascendía hasta las siete u ocho décimas partes, pero, pese a ello, las nuevas condiciones significaron un progreso enorme para los siervos, ya que con ellas podían disponer de más alimentos y, sobre todo, de más libertad personal, aunque no pudieran abandonar la tierra: además, ¿a dónde ir, si en ella, en la tierra que les había sido concedida, tenían alguna libertad?

En adelante todas las luchas de los siervos estuvieron dirigidas a reducir la porción de la participación del señor en las cosechas que el siervo tenía que

entregar por el usufructo de la tierra (esto es, por el derecho a cultivarla). En esas luchas, que duraron siglos, bastantes siglos, los siervos experimentaron muchos avances y retrocesos, pero fueron conquistando lenta y firmemente los derechos más elementales del hombre hasta acabar pagando un censo o foro (como se recordará todavía en algunas comarcas españolas), como el último vestigio del régimen feudal.

Ahora se entenderá por qué este análisis de la familia se comenzó al final del régimen esclavista y en los comienzos de la servidumbre. Se hizo así para que se viera con claridad cuál fue el origen y desarrollo de nuestro sistema familiar, ya que -como se dijo anteriormente- nuestra familia actual está enlazada de modo estrecho con la familia campesina que predominó en nuestro país hasta años recientes y que todavía domina en las comarcas más atrasadas, en las que se practica una agricultura de autoabastecimiento (muy característica de aquellas provincias -como León, Asturias y Galicia- en las que el feudalismo arraigó con mayor profundidad).

Las familias campesinas de todas las comarcas en las que predominan las pequeñas explotaciones cuyos cultivos están destinados al consumo directo del labrador y su familia -de la familia labradora- son las herederas directas de los siervos de la gleba que han ido conquistando lentamente su libertad. Procede ahora analizar en pocos párrafos la familia labradora de los pequeños campesinos, echando mano hasta de los recuerdos de la propia niñez y adolescencia.

La familia labradora española de los pequeños campesinos³

Dadas las duras condiciones de vida de los pequeños labradores entregados a cultivos para el autoconsumo (condicionados por su rudimentaria tecnología y por la escasez de tierra laborable y esquilados por los diferentes tributos, en el pasado, y por los impuestos, en el último siglo o siglo y medio), la forma de familia predominante tenía que ser rudamente autoritaria por necesidad. Sin una autoridad ejercida incluso de modo despótico por el padre (en un orden de cosas) y por la madre (en otro), la vida de estas familias habría sido un caos.

Estas familias no tenían más ingresos que lo que obtenían de las pequeñas parcelas que cultivaban y tenían que obtenerlo directamente todo (alimentos, vestido, medicamentos, etc.) de las mismas, puesto que apenas vendían nada, salvo algún animal cuando necesitaban con urgencia dinero constante y sonante para pagar los impuestos, para el entierro de algún deudo o para afrontar otras urgencias similares. De modo que, si se tienen en cuenta esas condiciones de vida, habrá que reconocer que sólo con autoridad y con una ruda disciplina podían conseguir esas familias estirar el trigo, el centeno o el maíz, muy escasos, hasta la cosecha siguiente. Lo mismo ocurría con las patatas, las judías y el pequeño cerdo que se había sacrificado, y, en determinadas comarcas, con las castañas, aun cuando contaran con alguna verdura, verdadera despensa de los pobres. Ni aun de las cosas más vulgares podían hartarse nunca. Por eso, la madre tenía que conservarlo todo bajo llave, hasta el punto de resultar habitual el que un niño se acusara en el acto de la confesión de haber robado castañas a su madre.

³ El título de esta sección es del editor: hay una nota a mano del autor (“introducir un título”) y un título al margen izquierdo, también a mano, ilegible, salvo la última palabra (“española”).

De la miseria de las viviendas, para qué hablar. No hay que remontarse hasta muy atrás -no es preciso ir más allá de los límites de este siglo- para encontrar familias cuyos miembros, varones y hembras, dormían todos en la cocina, en los ahumados escaños de madera en los que ponían una brazada de paja, cubriéndose con raídas mantas de tiras de trapos. Esas familias no vivían mucho mejor que sus animales, y no era infrecuente que alguna persona de la familia, o algún viajero, durmiese en la cuadra sobre un montón de paja y cubriéndose con ella (sin sentir el menor reparo, al menos en invierno, pues con el calor de los animales la cuadra se mantenía más caliente que la cocina o el *cilleiro*).

En tales familias apenas existía división del trabajo. Es verdad que las mujeres hacían la comida, fregaban los cacharros, lavaban la ropa y limpiaban la casa, en tanto que los hombres afrontaban los trabajos más duros y penosos del campo. Pero las mujeres también participaban junto con los hombres en las tareas más rudas, como recoger la hierba, segar el pan, majar, excavar, sacar las patatas, sembrar, recoger las castañas, dar de comer a los cerdos y a los otros ganados, etc. En cuanto a los niños, éstos realizaban desde la edad de 5 ó 6 años trabajos ligeros que requerían menos esfuerzo aunque bastante atención, como cuidar ovejas y vacas, regar, excavar, ir delante de la pareja de bueyes al arar y otras muchas.

Dadas esas condiciones de vida, entre estas gentes el matrimonio era una verdadera unión, una alianza contra el hambre y contra la miseria extrema. Tal es el rango dominante en el matrimonio de estas familias campesinas: su carácter de alianza contra el enemigo común de todas ellas: el hambre irremediable que obligaba a salir a pedir de puerta en puerta. Por eso mismo, eran los padres quienes arreglaban el matrimonio, dotándolo de vivienda, de algunas parcelas y de equipamiento para que la nueva pareja comenzara a vivir. En esas condiciones, la libre elección no tenía nada que hacer, porque los jóvenes carecían de libertad (esto es, de medios de vida) para elegirse. La vida era muy dura y no había espacio para sentimentalismos.

Enseguida empezaban a llegar todos los hijos que Dios (o la extremada incultura e imprevisión de la pareja) quería darles. Todos los matrimonios solían tener muchos hijos: 8, 10 ó 12; todos los que podía tener la mujer, desde que se casaba hasta la llegada de la menopausia, si antes no se presentaba la muerte, pues con tanta fatiga y tanto trabajo solía envejecer con rapidez. Por lo demás, en un medio tan inhóspito, eran pocos los hijos que sobrevivían: las diarreas estivales se encargaban de convertirlos en angelitos para el cielo.

No había problema de educación: los niños se educaban al lado de los padres en la dura, durísima, escuela del trabajo. Aprendían las tareas agrícolas bajo el imperioso mandato de los padres, que no solían vacilar en confirmar sus órdenes con la aguijada de arrear los bueyes. Los niños, bajo la mirada constante de los padres, comenzaban a ejecutar toda clase de operaciones con exactitud y ahorro, al tiempo que su carácter se iba forjando, puesto que los muchachos no sólo aprendían a hacer cosas sino que lo hacían bajo una disciplina muy rigurosa. De modo que la rudeza del trabajo y de la atención, que se exigían durante largas horas, anulaba la posible espontaneidad "natural" en el niño al tiempo que modelaba su carácter, ya desde los primeros años.

Los niños de estos campesinos tenían que aprender muchas más cosas que las labores agrícolas y el cuidado del ganado. Tenían que aprender, por ejemplo, a prever el tiempo (la humedad de la tierra para sembrar), a calcular las provisiones para toda la familia y a encontrar dinero constante y sonante para pagar las contribuciones (para lo que lo normal era vender algún animal de recría, cerdo, ternero, etc.). Y, sobre todo, tenían que interiorizar los fines fundamentales de la vida campesina: trabajar sin descanso, con cariño y con entrega a las cosas; trabajar para no pasar hambre; y ahorrar para dejar el mínimo acomodo para los hijos. Esto último constituía la gran obsesión de estos matrimonios campesinos: dejar a los hijos en condiciones de ganarse la vida con trabajo -con duro trabajo-, pero de modo que no pasaran hambre después de que los padres hubiesen desaparecido.

Las familias campesinas hacen trabajar de modo duro, muy duro, a los hijos. Pero los padres -la gran mayoría de éstos- también entregan su sangre por dejar a sus hijos en condiciones de hacer su propia vida siguiendo su ejemplo. De hecho y en general, los hijos supieron responder a esa exigencia de los padres durante generaciones.

Por lo demás, merece la pena señalar cómo, en estas aldeas y pueblos de labradores que cultivaban para el autoconsumo, la comunidad entera contribuía a la educación de los muchachos, despertando en ellos un gran respeto hacia todos los vecinos adultos, lo que se manifestaba en el modo como los niños y los jóvenes trataban a todas las personas mayores, de la edad de sus propios padres: de tíos (tío Juan, tío Pedro, tía Manuela, etc.).

Visto desde el presente resulta curioso -y hasta contradictorio- el que, salvo raras excepciones, los hijos tan duramente tratados, tan disciplinados por los padres, sintieran reverencia y cariño hacia ellos. Tanto más cuanto que, en la actualidad en los países más adelantados, los padres tienen miedo de corregir y coaccionar a los hijos por temor a perder su cariño, y, aún así, se da con frecuencia el que los hijos desprecien y hasta odien a los padres. Pero sobre esto se volverá más adelante.

La familia en la moderna sociedad industrial

La descripción abreviada que se acaba de hacer permite ver que la familia campesina de nuestras zonas de cultivo para el autoconsumo constituye una unidad de producción y de consumo y es el verdadero núcleo de la reproducción de la especie, o de la fuerza de trabajo, por decirlo de modo más franco. Su función genuina era el pago de tributos o impuestos y criar soldados para el rey, y -en los últimos 30 años- proporcionar mano de obra abundante para el desarrollo industrial español y, aún más, para la expansión económica de los países capitalistas de la Europa occidental (a esto debía referirse un filósofo reaccionario alemán, al afirmar que España era la reserva espiritual de Europa).

Ahora bien, con el desarrollo industrial de nuestro país, los objetivos de esta familia campesina han entrado en crisis; y lo han hecho en razón de la quiebra de sus bases objetivas, mejor dicho, de su base objetiva fundamental: *ser una unidad básica de producción.*

Las familias que han emigrado desde la agricultura de autoconsumo a las zonas industriales y de servicios han dejado de ser una unidad de producción, porque, por lo común, el marido (y en algunos casos la mujer) ha entrado a trabajar -al lado de decenas, centenas o millares de otros trabajadores- en una empresa (la auténtica unidad de producción capitalista) en la que la producción se cumple por numerosos obreros que manejan máquinas altamente complejas. El trabajador se limita a ejecutar unas operaciones muy sencillas durante un período limitado de tiempo, siete u ocho horas; transcurrido éste, abandona su trabajo y se olvida por completo de él; al final de la quincena o del mes, cobra una cantidad de dinero, que el matrimonio utiliza para satisfacer sus necesidades (o las más apremiantes de ellas, según la cuantía de aquél). Y, además, al abonar el salario al obrero, la empresa retiene una cantidad para pagar los impuestos y los seguros sociales (de paro, de enfermedad, de jubilación, etc.) del trabajador.

Ahora bien, ¿cuáles son las consecuencias de haber dejado la familia de ser una unidad de producción, de haber dejado de ser autosuficiente?

Al principio estas familias sienten una gran inseguridad: dependen de un jornal, no tienen el abastecimiento para el año (cereales, patatas, carne de cerdo, etc.). Las mujeres sienten una gran frustración al tener que comprar la comida para cada día; y, tanto los hombres como las mujeres, se sienten inseguros de cara a la vejez. Pero pronto constatan que el salario da de por sí más que las míseras cosechas, y que la seguridad social ofrece confianza para el caso de una enfermedad y, sobre todo, para la vejez (ya que, tras la jubilación, el matrimonio disfrutará de unos ingresos que permitirán a ambos cónyuges acabar su vida, muy modestamente, pero también sin dependencia de los hijos, a diferencia de lo que les sucedía a los viejos en el pueblo).

Todo esto apunta a la consecuencia más destacada de la pérdida por la familia de la condición de ser una unidad de producción: queda reducida a su mínima expresión, el matrimonio y los hijos. Y esto influye a su vez de forma decisiva en la constitución del mismo matrimonio, en la autoridad del marido y -lo que más interesa aquí- en los hijos y en su educación.

Para deshacer cómodas leyendas (que circulan en la actualidad como artículos de fe), hay que insistir en el carácter que las condiciones de vida imponían a la familia campesina española de la economía de autosubsistencia.

Como la familia era una unidad de producción y no contaba con más medios de subsistencia que lo que producía (menos el pago de los "impuestos y consumos"), en la mayoría de los casos era precisa una disciplina dura y rigurosa para hacer llegar la cosecha hasta la siguiente y ahorrar algo para la colocación de los hijos. Éstos eran el gran condicionante: había que dejarles acomodo y, como las parcelas familiares una vez divididas entre los distintos hijos no bastaban para que los matrimonios pudiesen vivir, tenían que ahorrar, sobre todo en aquellas únicas cosas que podían vender (una vaca, un ternero, un cerdo cebado, los jamones y nada más).

Esto último sólo se podía lograr a costa de reducir la comida: no se podía vender el cerdo cebado sin renunciar a la grasa y al tocino (con frecuencia los campesinos cambiaban, al peso, los jamones por tocino), un recurso energético fundamental para los campesinos. Pero, por lo mismo, las familias campesinas se veían obligadas a completar su escasa ración de

féculas (cereales y patatas) con verduras, berzas, repollo en el invierno y frutos de huerta en el verano. Su ración de grasa era muy baja, pues sólo disponían de la pequeña cantidad que obtenían del cerdo y del tocino (y por eso lo apreciaban tanto). Sazonaban todas las comidas con la grasa del cerdo, pues desconocían el aceite; y su ración de proteínas animales era casi nula, pues se reducía a algún chorizo.

Los campesinos luchaban con la escasez de tierra y con la baja, bajísima, calidad de la poca de que disponían, ya que no podían adquirir abonos minerales -si es que sabían que existían- y contaban con muy poco abono orgánico, pues al tener poca tierra tenían menos animales (a veces sólo una vaca, un burro y tres o cuatro ovejas). Y no sólo tenían que sacar de esa tierra lo indispensable para no morir de hambre, puesto que también tenían que conseguir algún dinero para pagar los impuestos, ya que, si no los pagaban, se erguía ante ellos el terrible espectro del embargo. De manera que era del todo necesario trabajar muy duramente todos, los padres y los hijos, y comer poco, para que lo cosechado durase todo el año.

La autoridad del padre -mejor dicho, de los padres- no era el resultado de ninguna razón *patriarcal* -metafísica-, sino de la terrible necesidad, de tener que vivir racionando la escasez y para no morir de hambre: o la dura disciplina del trabajo y el ahorro, o el lanzarse a la mendicidad, a pedir por las puertas; no había más opción. La autoridad de los padres era un resultado directo e insoslayable de las condiciones de vida, del régimen de producción, y, no menos, de la reproducción de la especie, de los hijos que Dios enviaba a la familia.

Las consecuencias de haber perdido la familia su función productora son tan diversas y profundas que parecen transmutar la naturaleza de la misma, el objetivo o fin del matrimonio, la relación entre el marido y la mujer, la autoridad del padre y de la madre, las relaciones de ambos con los hijos, el hecho mismo de tenerlos, la educación de los niños, las relaciones con los abuelos y colaterales, el matrimonio de los hijos, etc. De hecho, desaparecen los rasgos más característicos de la vieja familia campesina en tanto que surge sobre su ruina la nueva familia propia de la sociedad industrial, la familia moderna.

Analícense, en primer lugar, los condicionamientos en la elección de compañero o compañera (del cónyuge). En las zonas urbanas los padres ya no influyen ni pueden influir o disponer en el matrimonio de sus hijos, ante todo porque la inmensa mayoría de aquéllos ya no aporta bienes -medios de producción- para subsistir, y, cuando aporta alguno (la vivienda, por ejemplo), suele ser con pago diferido al futuro.

En estas condiciones el matrimonio deja de ser una unión o una alianza contra el hambre. Esto sí constituye un cambio radical en los propósitos del matrimonio: puesto que ambos jóvenes trabajan, porque ninguno de los dos tiene necesidad de buscar seguridad en el otro (algo que, no obstante, reza todavía hasta cierto punto para muchos jóvenes que ven la solución de sus problemas de futuro en un matrimonio aceptable).

A medida que se desarrolla el capitalismo y mejoran las condiciones de vida, los jóvenes gozan de más seguridad y más libertad, con lo que los encuentros entre muchachos y muchachas son más frecuentes y más ajenos a cualquier propósito matrimonial. Este trato social constituye un enorme

progreso, pues permite a los jóvenes conocerse sin disimulos ni convencionalismos y, por lo mismo, descubrir con mayor objetividad sus respectivos caracteres; de modo que pueden elegirse con más libertad y con más conocimiento de causa.

Las actuales condiciones sociales -en comparación con cualquier otra época pasada- se aproximan a las condiciones óptimas para que los jóvenes elijan su cónyuge con mayor acierto y con más posibilidades de constituir un matrimonio más satisfactorio y más gratificante. Si los jóvenes de hoy todavía no aciertan a elegir bien es porque acabamos de salir de una sociedad terriblemente opresora y fomentadora de la ignorancia y el oscurantismo. De modo que, cuanto más bajo sea su nivel cultural, más se sentirán los jóvenes atraídos por las meras apariencias externas y menores serán su capacidad de enjuiciamiento y sus posibilidades de elegir de modo adecuado. Pues -hablando con dura franqueza-, se puede decir que la mujer que se elige depende de la clase de hombre que se es y a la inversa; o, en otras palabras: con pocas excepciones, cada uno tiene lo que se merece.

Estas afirmaciones -sin duda demasiado crudas y despectivas- reflejan una cierta desconfianza hacia la capacidad de adaptación del hombre y de la mujer, que es mayor de lo que a primera vista parece. Son muchos los matrimonios que aprenden a estimarse, a quererse, viviendo juntos y que se educan así mutuamente, mejorándose el uno al otro en un esfuerzo por hacerse cada día más digno frente al otro. Esto requiere el esmero de la inteligencia y una gran generosidad, pues sólo con desprendimiento, con abnegación y concesiones, se consigue desvanecer los celos del otro y que responda a su vez con generosidad y con su entrega. Pues -aunque parezca una frase hecha- es una gran verdad que la felicidad (el bienestar) en el matrimonio sólo se consigue en una lucha diaria contra la rutina; la felicidad en el matrimonio hay que conquistarla cada día.

No debiera sorprender el que se haya llegado hasta aquí sin escribir la palabra amor. En realidad, no ha sido necesario, aunque en el último párrafo se han descrito ya determinados aspectos de ese sentimiento. No se ha utilizado antes la palabra amor porque en la familia campesina sólo de modo muy excepcional pudo haberse dado entre hombres y mujeres unidos al yugo del trabajo extenuante y que carecían por completo de libertad para elegirse.

Por lo demás, en pasado, no se dieron las mejores condiciones para la existencia del amor en los matrimonios de ninguna clase social; a excepción de unos pocos y raros casos, no fue posible la existencia del amor entre el hombre y la mujer. Pues, para que el amor hubiera podido existir tendrían que haberse dado una serie de condiciones: la libertad y la facilidad de relacionarse los muchachos y las muchachas sin fines prematrimoniales premeditados; la ausencia de aditamentos hereditarios que despertaran el interés de cualquiera de las partes; la seguridad e independencia personal -sobre todo de la mujer- para poder obviar la búsqueda de solución de sus problemas en el matrimonio; la ausencia de diferencias de clase, de religión y de raza; y, por último, un nivel cultural elevado, no sólo intelectual sino ante todo de los sentimientos, porque el amor es el sentimiento síntesis y culminante de la especie humana.

Puede que los hechos -muchos hechos- contradigan las afirmaciones anteriores. Pero la aparente abundancia de ese tipo de hechos se debe

precisamente a que se ha exaltado tanto el amor que se le ha convertido en algo divino -en un don de los dioses, en fundamento de las religiones-, en base de la solidaridad entre los hombres, en la alienación de un sentimiento humano que no existía pero que los hombres deseaban que existiese; y también se debe a que con frecuencia se ha confundido el amor con el deseo sexual. Ya lo dijo Antonio Machado: se canta lo que no se tiene.

La presencia avasalladora del amor -esto es, del concepto o tan sólo de la palabra- en la novela, en la poesía, en el teatro, en el cine, en las canciones, nos impulsa también a creer que este sentimiento es el más corriente entre los hombres cuando de lo que se trata en verdad y en principio es de un mero recurso retórico. Aunque con esto no se quiere decir que la presencia del amor en todas las manifestaciones culturales no haya tenido su efecto. Lo ha tenido, en dos sentidos: por una parte, porque los escritores han profundizado en ese sentimiento y han esclarecido y divulgado sus hallazgos; y, por otra, porque las masas han asimilado y han interiorizado y hecho suyo ese sentimiento de cuño literario y en muchos casos se lo han propuesto como ideal.

Parece evidente que, cuando una muchacha (o un muchacho) canta una canción amorosa y crea y desarrolla sus propios sentimientos, se prepara para aprender a amar. Claro que, entre esa simple posibilidad y la existencia del amor, media un abismo que no se llenará jamás y que el chato sentido común, realista e interesado, se encargará de ayudar a frustrar. Porque tenemos que reconocer que existe una tendencia antirromántica, antisentimental, positivista, muy difundida (y hoy más que nunca) que desprecia y descalifica el sentimiento del amor como una ilusión burguesa, trasnochada, y simple sustituto de las relaciones sexuales. Unas actitudes éstas, que, en opinión del autor, reflejan una verdad innegable. A saber: que el amor es un sentimiento sospechoso, peligroso, en la sociedad burguesa; y que su lugar sociológico es otro: las sociedades socialistas nacies en las que -es curioso- el sentimiento del amor se cultiva a nivel cultural y educativo.⁴

Una vez desaparecido el móvil (el objetivo) del matrimonio -una unión, una alianza, contra el hambre (o, en otras versiones, el clavo ardiendo al que se agarraban muchos jóvenes de la pequeña burguesía y de la clase media)-, ¿cuál es la motivación de los jóvenes de hoy que se casan? ¿Por qué se casan? La respuesta a estas preguntas nos proporcionará un conocimiento de los fines y propósitos de la mayoría de los matrimonios típicos celebrados en los últimos 8 ó 10 años; esto es, de los matrimonios de los jóvenes, que cada día se casan a edad más temprana, más jóvenes.

Se puede afirmar sin temor a equivocarse que la gran mayoría de los jóvenes que se casan hoy lo hacen por un único motivo: vivir juntos, estar juntos, tener relaciones sexuales normales (aunque esto último no es una motivación decisiva, pues muchas parejas jóvenes tienen relaciones sexuales "normales" antes del matrimonio). Esta motivación en apariencia tan simple -vivir juntos, estar juntos-, que en los primeros meses o años puede tener vigencia, es demasiado pobre y abstracta y no resiste el desgaste frente al descubrimiento de contradicciones antes encubiertas. Claro que el vivir juntos sin otros propósitos es hoy posible gracias a los anticonceptivos, pues estos

⁴ Segunda llamada de nota a pie de página, sin el texto correspondiente.

permiten los matrimonios muy jóvenes, retrasando a voluntad la aparición de los primeros hijos. Esto supone para muchas parejas una segunda interinidad, una nueva prueba, y, si no naufragan en este segundo período de prueba (lo que suele ocurrir), pueden plantearse la conveniencia de tener uno o más hijos. Porque lo que puede darse como seguro es que, al casarse, los hijos no forman parte del horizonte matrimonial en la mayoría de las parejas, confiadas en la seguridad de los anticonceptivos.

Motivaciones para tener hijos

Es muy importante analizar ahora los motivos que inducen (o más bien deciden) a las parejas a tener hijos. Pues -como puede verse por lo que se ha expuesto con anterioridad- en las sociedades industriales avanzadas desaparece la divinidad fatal, el hado insobornable, que gobernaba el crecimiento de la población: *la trampa del sexo*. La llegada de un hijo ya no es un hecho irremediable; ahora esa pesadilla se ha desvanecido y las parejas pueden tener los hijos que quieran y cuando los quieran (bueno, a veces, unas pocas no pueden aunque quieran, pero esos son casos patológicos). No obstante, la pregunta persiste: ¿qué factores deciden hoy a una pareja a tener hijos?

Desde luego no es el propósito de continuar la especie, ni el de proporcionar nueva fuerza de trabajo a las nuevas industrias, ni el de contar con una ayuda para la vejez, etc. Ninguna de esas respuestas parece convincente; tienen que existir otra u otras razones. Los padres pueden presionar a la pareja para que tenga hijos, por ejemplo. Pero esto lleva a su vez a preguntarse ¿por qué los padres de la pareja pueden querer que ésta tenga hijos? Sin duda, por los mismos motivos por los que ellos los tuvieron: por tener un niño o una niña en quien realizar y desarrollar sus propios sentimientos mutuos; porque el amor que existe entre ambos necesita fortalecerse y afianzarse en algo más objetivo, en otro, en el hijo. Pues, ¿cuántos matrimonios se salvan de la crisis definitiva por el hijo o los hijos?

De modo que, en realidad, se ha dado un salto maravilloso: se ha pasado de tener hijos por “fatalidad” -por las “argucias metafísicas de la especie”- a tenerlos porque la pareja lo ha decidido así, planeando el momento para hacerlo y el número de hijos con plena responsabilidad. Sin duda, en esta importante cuestión, la humanidad está pasando del reino de la necesidad al reino de la libertad.

Nuestra sociedad española acaba de salir de las catacumbas del oscurantismo, de la ignorancia y de la opresión, y de ahí que se sienta bastante deslumbrada y se encuentre en un momento de vacilaciones y confusiones. Por eso, muchos jóvenes, más libres de prejuicios y de hipocresías (aunque de todo eso que se dice ahora no se está muy seguro), descubren el sexo en vez del amor. Esto no debe preocupar, porque se trata de una novedad pasajera y la realidad acabará imponiéndose, y con más motivo cuando es un hecho que no es necesario llegar al matrimonio para satisfacer los deseos sexuales. Esa situación significa por sí misma un viraje importante, pues, si las necesidades sexuales se pueden satisfacer sin casarse, vuelve a plantearse la cuestión: ¿por qué se casan los jóvenes?

El matrimonio representa algo más trascendente, más profundo, que la simple satisfacción sexual. La llegada al matrimonio apunta a un nuevo contenido: descubre el amor; descubre los hijos como objetivo y éstos desbordan, con mucho, las relaciones entre un hombre y una mujer, les dan una nueva dimensión. Porque un hombre y una mujer pueden hacer lo que quieran con sus deseos, con sus sentimientos y hasta con sus cuerpos, a condición de no tener hijos. Pues, en cuanto aparece el niño -el tercero en discordia- surge un nuevo nudo de derechos: un ser humano, sujeto y objeto de las leyes; y la sociedad se siente afectada y toma parte en todo lo que le afecte. El hijo -el hombre- abre la verdadera dimensión del matrimonio, porque a la sociedad le afecta la aparición de un nuevo miembro en su seno, ya que ella sufrirá las consecuencias de lo que se haga con él.⁵

Es necesario, por tanto, un análisis más profundo de esta cuestión: primero, por qué un matrimonio quiere tener hijos; y, segundo, si está obligado a tenerlos.

En el siglo pasado -y en éste- los buenos burgueses y sus escritores asalariados han consumido mucha retórica para convencer a los obreros de que tuviesen el mayor número de hijos en bien de la patria y del capital (de las empresas, del ejército de reserva, etc.); y esa propaganda y esa tendencia alcanzaron su culminación en los regímenes fascistas de los años 20 y 30.⁶

Diversos regímenes iniciaron precisamente en esos años la concesión de subvenciones y premios a las familias numerosas. Las razones para tener más hijos eran muy variadas e iban desde las puramente racistas e imperialistas hasta las religiosas, pasando por las estrictamente psicológicas, de prolongar la propia existencia individual de los padres proyectándose éstos en los hijos (como si la reproducción constituyera una continuidad de la propia existencia y una forma de inmortalidad). Todas las motivaciones que se propusieron eran (y son) abiertamente irracionales; dejando a un lado los “razonamientos” raciales, imperialistas y religiosos, el inmortalizarse en los hijos es algo contrario a toda evidencia y quizás se explique por una creencia basada en nociones mágicas, que implica un desconocimiento total de la naturaleza y la evolución de los seres vivos.

Una motivación muy vigente y con gran difusión entre las clases alta y media (así como, por supuesto, en la pequeña burguesía) era la de tener un heredero. Pero esta motivación también era (y creo que todavía lo es) muy ambigua, porque el matrimonio quería tener *un* heredero y, a ser posible, sólo uno, con el fin de no tener que dividir el patrimonio y poder conservar así el poder de la familia. Esa misma motivación condicionó con mucha frecuencia la costumbre de que el hijo primogénito llevara el nombre del padre, lo que sin duda aludía a la obsesión de prolongar el poder de la estirpe en el tiempo y de dar continuidad a la personalidad del fundador. Algo que alcanzó de hecho su máxima expresión en la institución del mayorazgo, con el que el fundador condicionaba los destinos de todos sus descendientes por línea masculina y primogénita, abriendo un abismo entre el primogénito y los demás hijos.

⁵ Tercera llamada de nota a pie de página, sin el texto correspondiente.

⁶ E. B. Young, *Population in Perspectives*, New York, 1968, pp. 153-154. {Referencia bibliográfica, en el mecanoescrito}.

Entre las masas del pueblo se dan otras muchas aparentes motivaciones que en este momento están en crisis, más aún, en trance de extinción. Pertenece ya al pasado el tener hijos para que sean una ayuda en la vejez, a pesar de que ésa era la motivación más influyente en la familia campesina que cultivaba la tierra para el autoabastecimiento. En las ciudades, entre las familias de la pequeña burguesía y de los empleados, una razón para tener hijos era (y puede ocurrir que aún lo sea) el afirmar y asegurar el matrimonio -el retener al marido-, porque los hijos daban estabilidad a la pareja. En efecto: los hijos no sólo acrecientan la responsabilidad de los cónyuges; también crean nuevos y, con frecuencia, profundos lazos entre hijos y padres, contribuyendo así a aumentar la base de la estabilidad del matrimonio y, en consecuencia, de toda la familia. Otras muchas motivaciones son de carácter afectivo, como éstas, que se esgrimen con frecuencia: “a ambos nos gustan los niños”; “así tenemos algo con lo que entretenernos”; “con ello disponemos de alguien muy propio sobre quien volcar el afecto y realizar todos los anhelos que nosotros vimos frustrados”; “tenemos hijos para que disfruten de la vida que nosotros no pudimos llevar”; etcétera.

Ahora bien, todas las motivaciones y razones anteriores no resisten el más ligero análisis científico: o bien benefician a terceros (mano de obra barata, al ser ésta abundante), o bien son, sin más, irracionales y mágicas (como el continuarse e inmortalizarse en el hijo -mayorazgos y demás) o de orden afectivo (como el tan frecuente “nos gustan los niños), o bien tienen por finalidad el estabilizar el matrimonio respondiendo al interés de uno de los cónyuges. De todas ellas, las únicas mínimamente justificables son las de orden afectivo, aunque no constituyen razones firmes y duraderas suficientes para resistir todos los cuidados y trabajos exigidos por los niños, pues se pasa pronto del entusiasmo inicial a la indiferencia, el mal humor, la irritabilidad y el cansancio. De modo que los efectos de ese cambio son muy perjudiciales para los hijos, que quedan sometidos a fuertes oscilaciones de carácter y de humor por parte de los padres que repercuten de modo grave sobre su carácter.

Probablemente la motivación más racional para tener hijos sea el amor de la pareja. Cuando ésta siente que sus relaciones están establecidas con firmeza -de modo que los cónyuges no advierten ningún peligro para el matrimonio porque el amor entre ambos es lo bastante fuerte para superar todas las dificultades que nacen de la convivencia diaria, una vez que ya se han revelado los rasgos más profundos del temperamento y del carácter de cada uno (hasta entonces enmascarados en la vida pública pero imposibles de ocultar de forma permanente en la vida diaria)- y se han vencido todos esos posibles motivos de conflicto, es justo el momento en el que ambos pueden y deben pensar en tener hijos.

La unión de ambos cónyuges no será completa ni satisfactoria del todo sin el hijo, porque éste es la materialización real, auténtica, del amor. Un amor profundo, real -a prueba de conflictos-, es difícil de comprender sin el hijo, porque un amor sano (como lo es siempre todo amor verdadero) tiene por necesidad que ser generoso, abnegado, altruista. La entrega (el sacrificio) de cada uno al otro es el valor supremo del matrimonio; esta entrega generosa alcanza su plena realización en el hijo, en los hijos; y éstos vienen a ser el resultado del desbordamiento del amor, de algo así como un exceso de vitalidad. Los inconvenientes y los sacrificios que ocasionan los hijos sólo

pueden ser superados por el amor entre los padres; de modo que quienes no estén dispuestos a esa entrega generosa no deben tener hijos.

Ninguna pareja está obligada a tener hijos. Nadie debe tener hijos por egoísmo, por interés. Sólo deben tenerlos aquellos que sientan desbordarse su generosidad. Sólo quienes sientan una gran capacidad de abnegación pueden -o, más bien, deben- tener hijos. En defensa de los hijos, en defensa de la sociedad, el tener hijos debiera estar vedado a todas parejas egoístas, mezquinas, avariciosas, sórdidas, porque el egoísmo de los padres se duplicará en los hijos que se eduquen en él. La cultura, los adelantos técnicos y las condiciones de libertad sexual que se disfrutaban en las sociedades industriales constituyen razones suficientes para demostrar que ninguna pareja está obligada a tener hijos. Pero, por lo mismo, la que quiera tenerlos debe meditar bien las consecuencias y los resultados de su decisión y no conformarse sólo con engendrarlos; tiene que valorar las graves dificultades con las que se va a enfrentar y la enorme responsabilidad que contrae, pues lo mismo puede engendrar un Dr. Petiot (un asesino en serie) que un Einstein (un científico genial), ya que el resultado dependerá de la educación y no de los cromosomas.

Claro que el afirmar que el tener hijos es el resultado del desbordamiento de la generosidad y la abnegación está en contradicción o, más bien, carece de sentido ante la esperanza de muchas gentes que propugnan que el Estado se haga cargo del sostenimiento y la educación de los hijos. A esto se podría replicar que dicha pretensión es cosa del pasado, cuando los matrimonios obreros se cargaban de hijos y los salarios de los padres no daban para sostenerlos. Aunque, bien miradas, esas exigencias no están demasiado alejadas de las que formulan muchas parejas actuales, que claman por guarderías gratuitas, bien equipadas y con un personal especializado en cuyas manos los niños estén mejor cuidados que por los propios padres. Es más, son muchas las personas que consideran que ésa es la única solución para que la mujer no se frustre en el trabajo doméstico y pueda realizarse en un trabajo para el que tenga vocación, y para que esa misma esposa pueda aportar un salario que complemente el del marido, con lo que, además, no se sentirá en situación de inferioridad frente a él.

Las contradicciones en que incurren muchas parejas resultan sorprendentes. Parece como si perviviesen las reivindicaciones del pasado en condiciones muy distintas. Tales pretensiones eran lógicas en la angustiosa situación en que se hallaban muchos padres que tenían todos los hijos que Dios les enviaba y se sentían incapaces de sostenerlos y educarlos. En esa situación estaban justificadas organizaciones como la Gota de Leche, Auxilio del Invierno, las Damas visitadoras de los pobres y otras similares, e incluso los mismos oficios y orfanatos, en los que al menos los niños podían comer y no morir de hambre aunque murieran de desamparo. Pero, hoy, cuando ningún matrimonio se ve forzado a tener hijos, la obsesión de tenerlos para enviarlos al poco -a los dos meses- a la guardería (que viene a ser, hasta cierto punto, el sustituto moderno de los hospicios) resulta cuando menos insólita.

Esa tendencia -muy generalizada en nuestro país en la actualidad- tiene sin duda una base del todo irracional. A saber: la creencia en que la herencia condiciona la personalidad de forma definitiva y en que los hijos lo son por el mero hecho de haberlos engendrado. De modo que hay que llevar a la

conciencia de las gentes la tremenda verdad de que los hijos *lo son*, más que por haberlos engendrado, por haberlos sostenido, por haberlos educado y por haberlos velado día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto, con la mayor paciencia y con el mayor cariño, con amor.

Los argumentos que se esgrimen a favor de las guarderías (a las que muchos matrimonios llevan a sus niños pequeñitos, desde las ocho de la mañana a las seis, siete u ocho de la tarde) son, entre otros, el trabajo de la mujer en fábricas y oficinas, la necesidad de complementar el salario del marido y, sobre todo, la necesidad para la mujer de abandonar el trabajo embrutecedor y rutinario del hogar para posibilitar su realización personal en un trabajo productivo. Pero tales argumentos no resisten una crítica seria y responsable.

Las guarderías infantiles son, desde luego, convenientes y necesarias, pero siempre que no se rebasen determinados límites temporales según la edad del niño. En los ocho o diez primeros meses -a excepción del primero- las ausencias de la madre pueden ser más largas, pero entre los 10 y los 12 meses y los 24 su presencia es fundamental. Utilizadas con prudencia, las guarderías infantiles son convenientes y beneficiosas, ya que pueden permitir una mayor libertad a los padres, a ambos cónyuges.

La frustración de la realización personal de la esposa por el carácter embrutecedor y rutinario del trabajo doméstico y del cuidado de los niños que recae sobre ella es más fácil de criticar. También en este caso parece como si la gente tuviera a la vista el pasado, cuando no había ni lavadoras, ni aspiradores, ni cocinas de gas o de butano, ni alimentos semielaborados y platos preparados, ni tejidos inarrugables, y cuando, además, los maridos habrían considerado una afrenta la obligación de limpiar la caca a un niño, fregar los platos, usar el aspirador o freír un par de huevos. Porque, antes, el trabajo de la mujer en el hogar era, en efecto, rutinario y embrutecedor, pero, hoy, no tiene por qué serlo, con la ventaja, además, de que los maridos comienzan a tomar parte en la mayoría de los trabajos del hogar. Esto es muy importante: trabaje o no la esposa fuera de casa, el marido debe ayudarla en los trabajos domésticos sin temor a sentirse degradado; el esposo debe cooperar con la mujer aunque sólo sea por amor, por compartir con ella las ocupaciones más molestas.

La ocupación de la madre en el cuidado de los hijos merece un lugar aparte. Hasta ahora, al menos en las ciudades, el cuidado de los hijos ha recaído también de modo casi exclusivo sobre la esposa. Ahora bien, si se atiende al bien de los hijos, el que el marido comparta con la esposa esa ocupación no sólo es conveniente sino del todo necesario. Pues, si el padre no colabora con la madre en el cuidado y educación de los niños, éstos lo acusarán de algún modo: algo fallará en ellos.

Por desgracia, en muchos hogares el padre es un señor que suele aparecer a las horas de comer, con frecuencia de mal humor y pidiéndole a la madre que no le moleste porque viene cansado. Los niños se acostumbran a su presencia, pero con cierta timidez, aunque él pretenda a veces ser amable. La madre es la única que disfruta de la verdadera confianza de los niños y es a ella a quien llaman por las noches o cuando sufren alguna pesadilla o se sienten mal. Se sentirían mejor si se acostumbraran a llamar lo mismo al padre

que a la madre en tales casos, pero eso supone una actitud muy distinta por parte del padre. La participación de los padres en el cuidado de los niños desde el primer día del nacimiento sería muy beneficiosa para la educación, tanto de los chicos como de las chicas; y, aunque pueda parecer extraño, no sería un mal comienzo para hacerlo el que el padre quitase el meconio a los hijos y los limpiase, pues es probable que, en tal caso, ninguna otra cosa de ellos le produciría asco en adelante.

El padre no puede dar el pecho al niño. Pero sí puede darle el biberón, cambiarlo cuando está húmedo, aprender a bañarlo y, en general, sentirse tan obligado como la madre a ocuparse de él durante las horas que pase en el hogar (las cuales -teniendo hijos- deben ser todas las que le permita su trabajo) y dejar de inventarse ocupaciones para huir de casa y no oír el llanto de los niños. Pues, si el padre participara en la educación de los hijos en igualdad de condiciones con la madre, lo mismo los niños que las niñas se sentirían más seguros y más dispuestos a entablar amistad con miembros de las dos mitades de la especie, y las relaciones de los niños con las niñas serían más espontáneas, abiertas y sinceras. Es imposible evaluar con precisión las ventajas enormes que se derivarían de la participación del padre en el cuidado y la seguridad de los hijos, pero tales ventajas serían sin duda muy grandes y de largo alcance, por sus repercusiones en relación con el tipo de personalidades que exigen las modernas sociedades industriales.

Otra consecuencia de la desaparición de la familia como unidad de producción es no ya sólo la quiebra total de la autoridad del marido sino -lo que es más sorprendente- el surgimiento de la autoridad de la mujer; y esto, sin contar con el hecho de que la mujer trabaje, en cuyo caso sería más lógico.

Como es frecuente que el hombre tenga que trabajar más horas de la jornada normal, apenas está en el hogar y, cuando llega a éste, se encuentra cansado y desganado, de modo que es la mujer quien tiene que ejercer la autoridad sobre los hijos y tomar, además, la mayoría de las decisiones sobre las cuestiones del hogar. Poco a poco, y sin proponérselo, la mujer va asumiendo la autoridad en la familia hasta convertirse en el centro y en la dirección de la misma. Por otra parte, la mayoría de los maridos, no sólo no se oponen a ello, sino que dejan su parte de responsabilidad en manos de la mujer; por eso, los gestos autoritarios maritales son ya fósiles y a extinguir.

El desvanecimiento de la autoridad del marido es lógico, puesto que ésta ya no parece necesaria al no haber materia sobre la que ejercerla, ni respecto a la mujer ni respecto a los hijos. Si el marido es el único que trabaja, aporta su salario al hogar, la mujer administra el empleo del mismo en alimentos, ropas y otros gastos de la casa, y la única intervención del marido suele reducirse a la distribución de los gastos, cuestión muy difícil de solucionar entre los dos.

Por lo demás, y como se verá más adelante, donde se notará más la desaparición de la autoridad del marido es en la educación de los hijos, ya que puede dar lugar a fracasos graves y tener consecuencias incalculables y desconocidas.

Los hijos: crecimiento y educación

No resulta fácil encontrar otra motivación para el matrimonio que la de los hijos.

Ya se ha ensayado la demostración de que, con las libertades democráticas de la sociedad industrial capitalista y la ayuda de los anticonceptivos, la convivencia sexual no necesita del matrimonio, puesto que dos personas pueden vivir juntas sin tener que recurrir al enlace matrimonial. Por eso, la conclusión es que la razón del matrimonio -su finalidad- es el amor y, como resultado de éste, los hijos.

Se ha tratado también de demostrar que, por lo común, las parejas de hoy tienen hijos cuando quieren, y los que quieren, gracias a los anticonceptivos y a una mayor conciencia por parte de la pareja de lo que significa cuidar, alimentar y educar a los hijos. Hay, pues, que partir de la nueva situación dominante: un matrimonio ya no tiene los hijos que Dios le envía sino los que quiere; es más, en los países industriales avanzados se controlan los nacimientos hasta un extremo que empieza ya a ser preocupante.

Por otra parte y como ya se ha dicho antes, nadie debe confundirse ni engañarse: tener hijos no consiste, como creen algunas parejas jóvenes, en engendrarlos -en traerlos al mundo- y cuidarlos durante un tiempo muy limitado hasta que los admitan en una guardería. Tener hijos significa algo más, mucho más, de lo que la mayoría de las parejas piensan; implica más sacrificios, más cuidados, más trabajo y una grave responsabilidad.

Tener hijos constituye una grave responsabilidad, puesto que hoy en día ninguna pareja está obligada a tenerlos, y, si un matrimonio se dispone a tenerlos, debe tener conciencia de las nuevas obligaciones adicionales que va a contraer. Un solo hijo significa ya un esfuerzo adicional importante para la pareja; ese esfuerzo alcanza cierta intensidad durante los primeros días del niño, desciende cuando éste se acomoda a su nueva vida y vuelve a aumentar, de forma notoria, desde los ocho o diez meses en adelante para alcanzar su máxima intensidad desde que el niño empieza a andar hasta que comienza a controlar por sí mismo sus esfínteres, entre los 2 y 3 años. Aparte de que no se trata sólo del trabajo que el niño da sino también de la dependencia que crea; pues, cuando hay un niño en el hogar, resulta casi imposible dejarlo sólo aunque esté durmiendo durante varias horas. La existencia de un hijo (o de los hijos) acaba con la independencia del matrimonio; impide las salidas nocturnas y fuerza a los padres a cambiar de vida.

El análisis de la dependencia que crean los hijos parece sorprendente, pero en realidad no supone nada nuevo para las parejas conscientes.

Para un joven (o una joven) que ha alcanzado la independencia económica, su vida y sus preocupaciones no van más allá de las propias necesidades y preocupaciones; para él (o ella), el mundo se reduce al estrecho ámbito de sus intereses particulares. Una limitación general ésta que llega a ser mucho mayor en el caso de los solterones, pues, en su caso, acaban siendo verdaderos especialistas en sí mismos y prestan atención a las más ligeras perturbaciones del propio cuerpo.

Cuando el joven (o la joven) entra en relaciones formales o contrae matrimonio, desaparece de repente su independencia previa y surge una cierta sujeción, una dependencia hacia la persona amada, de modo que las propias preocupaciones ya no terminan en uno mismo; aparece un foco nuevo de cuidados: la persona querida, presente o ausente; la persona siente por sí y siente por la otra, por la persona amada. Y, cuando la pareja tiene hijos, los

cuidados de la mujer y del marido alcanzan nuevas dimensiones, al sentir y preocuparse por cada hijo. Esta preocupación llega a límites increíbles. Es bien conocido el caso de las madres de niños pequeños (también se da entre los padres) que, cuando están durmiendo, no despiertan ante ruidos fuertes pero sí lo hacen ante cualquier ruido que produzca el niño (tos, un llanto ligero, etc.), aunque éste se encuentre en otra habitación inmediata.

En este sentido, a pesar de los cuidados y trabajos que conllevan los hijos, los hombres y las mujeres casados y con hijos viven una vida más rica y satisfactoria que la de los célibes independientes; y esto, precisamente por ese vivir preocupados por los demás (el otro consorte y los hijos), como si vivieran su propia vida y de alguna manera también la vida de los demás; viven -no hay duda- de forma más plena.

Sin embargo, los trabajos y sacrificios de una pareja que se dispone a tener hijos serían menores, y sus cuidados, menos y más sosegados, si tuvieran la precaución de enterarse de lo que es en verdad un niño. Porque hay un porcentaje muy elevado de padres que no saben (ni siquiera tienen la menor idea) lo que es el niño que tienen entre manos.

Al principio, sobre todo, a la madre le resulta imposible creer que aquello no es un trozo suyo y quiere tratarlo como tal, por lo que se siente frustrada porque no consigue dominarlo como domina sus propios brazos y piernas; no puede admitir que sea algo ajeno, extraño. No obstante, pronto descubre, en efecto, que el niño es un extraño, un extraño inabordable, inasequible, un ser desconocido, en definitiva. En esa primera fase la madre se debate en la ambigüedad de seguir queriendo al niño como algo muy propio, como un pedazo de sí misma, pero que a la vez es algo extraño y desconocido, es otro. Los padres recurren a un manual que les instruye sobre cómo deben bañarlo, cómo deben vestirlo, cómo lo deben acostar y -si el puericultor no se lo ha explicado bien- cómo lo deben alimentar, pero, para ellos, el personaje que ha aparecido en su vida sigue siendo todo un misterio.

Los padres deberían tener algún conocimiento de lo que es ese nuevo ser, que ellos saben que es parte suya, pero que no parece serlo por su comportamiento. De ahí que se ensaye a continuación un breve resumen de lo que se puede afirmar hoy que es un niño recién nacido y de cómo éste evoluciona y va pasando por diversas etapas hasta llegar a convertirse en un hombre sano socialmente y psíquicamente equilibrado.

Un niño recién nacido es un animalito,⁷ tan inerte y desvalido, que moriría de modo rápido sin los cuidados de los adultos. Durante algunos meses este animalito se comporta como un simple estómago que se alimenta, defeca y orina, llora y duerme, y en el que en apariencia no se percibe ninguna cualidad, ninguna peculiaridad, humana; la definición que mejor le va es la de un estómago que hace pis y caca, llora y duerme. Durante varios meses el recién nacido es así, pero hay que tener siempre presente que su destino irremediable es ser un hombre, y que la clase de hombre que llegue a ser dependerá de lo que se haga con ese inerte y desvalido animalito.

El niño es así porque nació de modo prematuro, por lo que carece de instintos -esto es, de respuestas espontáneas a los estímulos de su medio

⁷ Cuarta llamada de nota a pie de página, sin el texto correspondiente.

interno y externo- que le faciliten la adaptación al propio medio sociocultural; hasta tal punto, que es una conciencia limpia, vacía, por completo en blanco (en tanto que humana) y maravillosamente dispuesta para acoger, recibir, a lo largo de los años todos los condicionamientos de un medio sociocultural, que acabarán por convertirlo en un hombre útil para la sociedad en la que va a vivir. De modo que, puesto que el destino del niño es ser un hombre, hay que tratarlo desde el nacimiento como tal, como un aprendiz de hombre.

Por eso mismo, la madre (y el padre) debe hablarle al niño cada vez que lo tome en brazos, aunque esté más que convencida de que no entiende, de que en los primeros días ni siquiera oye. Debe hablarle con cariño mientras lo amamanta, mientras lo baña, mientras lo viste, porque esto es fundamental para que el niño asocie la palabra a todas sus satisfacciones (y, hasta tal punto, que llega un momento en el que la voz de la madre constituye la mayor satisfacción para él).

Otra preocupación primordial de los padres (o de quienes hagan sus veces) tiene que ser la regularidad y el orden desde el momento mismo del nacimiento del niño: orden en las comidas, en el baño, etc., porque el orden ayudará al niño a dominar su fisiología, a educarla. Durante los primeros ocho o diez meses el niño debe dormir mucho, pero en cuanto empiece a conectar con los padres (cuando empiece a tener conciencia -esto es, en cuanto conozca- de las personas que le rodean, debe facilitársele la convivencia con los mayores (padres y hermanos) para que aprenda a imitar los gestos, los sonidos y todo lo que pueda asimilar.

Para el niño, la etapa más importante es cuando empieza a andar y a pronunciar las primeras palabras. Cuando el niño anda adquiere alguna independencia -se desplaza por sí mismo-, pero no tiene autonomía porque carece de experiencia; en esta primera fase tiene que tocar todos los objetos y llevárselos a la boca. Es una etapa muy contradictoria. Las madres tienen a protegerlo llevándolo de la mano o metiéndolo en el corralito o en el “taka-taka”, pero esas preocupaciones retrasan el desarrollo del niño, porque éste tiene que aprender a moverse por sí mismo, a andar entre las cosas sin ser absorbido o paralizado por ellas. Esta etapa es crucial. Al poder el niño desplazarse por sí mismo, se siente atraído por todos los objetos (algunos peligrosos como el fuego, los objetos cortantes, etc.). Entonces, la madre (cuya voz es para el niño el estímulo más agradable e importante) trata de controlarlo a distancia, riñéndole, prohibiéndole que coja o toque los objetos con determinadas frases (“¡nene, no toques!”, “¡nene no coge!” y otras similares), repitiendo esas mismas frases, otras parecidas u otras expresiones sencillas, sin cansancio y un día tras otro tantas veces como sea necesario, pues hay que conseguir que el niño aprenda a andar por entre las cosas de la casa sin tocar las que de ninguna manera debe tocar.

¿Por qué es tan importante ese proceso? En primer lugar, porque el niño se siente impresionado -coaccionado- por la voz de la madre hasta el punto de que, en vez de coger la cosa prohibida, repite la prohibición: “nene no toca”.⁸ Al hacerlo, el niño sustituye la acción animal de coger o tocar el objeto que le estimula por una *acción nueva*: hablar; esto, la *acción* de hablar sustituye a la reacción animal, espontánea. El niño ha iniciado el proceso de apoderarse de

⁸ Quinta llamada de nota a pie de página, sin el texto correspondiente.

las palabras, de interiorizar el lenguaje; ha comenzado a pensar; se ha puesto en el camino recto que le conducirá a ser hombre.

Esta manera de comportarse la madre es considerada por muchas gentes con una cultura intelectual improvisada como represiva, como coactiva. Sí, desde luego; el comportamiento de la madre condiciona el comportamiento del niño; lo ha hecho desde el momento mismo del nacimiento de éste; todo lo que ha hecho la madre desde entonces es condicionador y represivo. Pero es que *todos los cuidados dispensados al niño son represivos*; y el niño responde a los mismos, porque su enorme corteza cerebral tiene una función principalmente represiva, inhibidora.

Para cualquier persona consciente está claro que las prohibiciones de la madre desarrollan el lenguaje y el pensamiento del niño, y que éste aprende a no hacer caso de tanto y tanto estímulo animal como asalta su atención de modo simultáneo. La madre trata de romper con su comportamiento la espontaneidad animal del niño; trata de liberarlo de reacciones inútiles (que no conducen a nada); trata de liberarlo de la opresión de los innumerables estímulos que se le imponen. Y el precio de renunciar a ese espejismo es la conquista del lenguaje: el cauce de la experiencia social, que le liberará de ese aprisionamiento del medio animal. El niño aprende que esa inmensa variedad de estímulos no significa nada, que el estímulo conductor -y por el que debe guiar su comportamiento- lo lleva en su interior, en su misma interioridad, en su conciencia (esto es, en la experiencia social humana interiorizada).

El condicionamiento (la coacción, la represión) que los padres ejercen sobre el niño tiene como finalidad romper la espontaneidad animal e inculcarle la experiencia humana acumulada, que le liberará de la arbitrariedad y la tiranía de los estímulos animales y le abrirá el camino de la condición de hombre. No hay que temer el condicionamiento que se ejerce sobre el niño. A lo que hay que temer es al desorden, a la arbitrariedad. El desorden impide la formación en el niño de respuestas favorables a los estímulos sociales, que son los que van a configurar la conducta del niño. Por ello, todo orden racional -orden social, vivo- favorecerá necesariamente el desarrollo de la personalidad del niño, aun cuando ese desarrollo sea muy lento y hasta difícil de percibir.

Por otra parte, todo condicionamiento que la madre ejerza sobre el niño será tanto más eficaz y fecundo cuanto más penetrado esté del afecto, del amor, de la madre (de los padres) hacia el niño. Es fundamental y decisivo que todo cuidado que la madre preste al niño vaya acompañado por un cariño regular, metódico, ni deficiente ni excesivo (hasta hacerse empalagoso). Al niño hay que demostrarle cariño en todo comportamiento para con él. No sólo hay que protegerlo, cuidarlo, sino que todo esto tiene que ir acompañado de amor. Hay que desarrollar en el niño un sentimiento de afecto que vaya siempre mezclado con un sentimiento de dependencia. Ese sentimiento se manifiesta como una adhesión a la madre, profunda pero no nerviosa (de tipo histérico, nos atreveríamos a decir). Hay que provocar en el niño un afecto *sereno* y *profundo* hacia la madre, hacia los padres; y esto sólo se puede conseguir con una demostración constante de preocupación por él y de protección.

Es muy importante desarrollar en el niño ese afecto primario, originario, hacia los padres; en un principio -muy pronto, entre el primer y el tercer año (antes de que el niño salga del círculo familiar para ir a la escuela)- hacia la

madre. Crear y desarrollar un núcleo tal de afecto es trascendental para su educación intelectual, para sus relaciones con los demás y para el desarrollo de su sensibilidad y de todos sus sentimientos y emociones en general.

Si no se consigue desarrollar ese afecto nuclear -primario-⁹ a través del afecto que los padres demuestren de modo constante (y muy sereno y regular) al niño, éste desarrollará un sentimiento de egoísmo excesivo, encerrándose en sí mismo y en sus cosas. Sentirá desconfianza y recelo hacia los demás, lo que le impedirá establecer amistades verdaderas y desinteresadas, con lo que se retrasará su desarrollo intelectual (en cuanto las relaciones sociales del niño son sus cauces de información). Pues esos cauces tendrán tanto más valor para el niño cuanto más afecto haya transferido a la persona que le transmite el conocimiento.

Todo niño que haya desarrollado un sano afecto¹⁰ hacia la madre estará dispuesto de modo favorable para establecer relaciones de "amistad" con otras personas sin que el recelo y la desconfianza sean un grave obstáculo. Este comportamiento es evidente cuando el niño comienza a ir a la escuela. Las primeras separaciones de la madre serán dolorosas: llorará; pero, en pocos días (si el maestro sabe ganárselo), se habrá abierto hacia él; lo asimilará a su núcleo familiar y lo convertirá en uno de los suyos. Cuando esto suceda, las enseñanzas del maestro serán fecundas; y la familia lo apreciará enseguida, porque surgirá alguna ocasión en la que el niño exclamará: "¡mi profesor ha dicho que sí!".

Un niño que haya desarrollado un cariño sano hacia los padres establecerá con facilidad amistad con otros niños; estará bien dispuesto a sentir simpatía por los demás en sus desgracias; desarrollará una sensibilidad que le hará propicio a percibir los sentimientos de los demás y a sentir las emociones contenidas en las obras literarias y artísticas. Y -lo que es lo más fundamental- un niño así estará abierto a los sentimientos de solidaridad y de compañerismo, y mostrará siempre una personalidad equilibrada.

La autoridad de los padres y la autodisciplina en el niño

Existe hoy entre los padres con formación intelectual alta y media (sobre todo entre los universitarios) la tendencia a dejar que los niños hagan lo que quieran, porque temen que cualquier represión podría originar desequilibrios emocionales en su vida futura. Esta tendencia, bastante difundida -y, en apariencia, bastante cómoda- deriva de la vulgarización de algunas teorías de Freud acerca de las causas de los trastornos emocionales (neurosis, psicosis), pero carece de la mínima comprobación científica; con más motivo podría deducirse la tesis opuesta de las teorías fisiológicas y psicológicas de Pavlov, y con una base bastante más científica y racional.

Dejar que los niños hagan lo que quieran es, por principio, imposible de llevar a la práctica. De hecho, esa tendencia ha dado lugar a la nota cómica fácil. Un profesor de psicología está defendiéndola ante sus alumnos cuando el bedel abre la puerta del aula y se dirige al profesor: "llama su señora para decirle que su hijo le quiere sacar un ojo a la niña con las tijeras y pregunta qué

⁹ Sexta llamada de nota a pie de página, sin el texto correspondiente.

¹⁰ Séptima llamada de nota a pie de página, sin el texto correspondiente.

debe hacer”; y el profesor contesta sin vacilar “¡que le quite las tijeras!”, sin parar mientes en cómo con esto está negando en la práctica lo que defiende en teoría. Por lo demás -de acuerdo con lo que se ha expuesto en diversas ocasiones y se ha vuelto a sostener también aquí- hay que anular la “espontaneidad” animal del niño para que pueda ser sustituida por el lenguaje y el pensamiento; permitir al niño que haga lo que quiera, aun dentro de los límites de lo no peligroso para él, retrasa su desarrollo y puede afectar a su temperamento.

El destino de todo niño es convertirse en un hombre que ha de hacer su vida en una sociedad con su organización peculiar, y en la que viven los padres; y la historia de la civilización demuestra que la superioridad de la especie humana tiene como base el hecho de que, desde los tiempos más lejanos, los adultos han educado a los niños inculcándoles aquellos valores, principios y conocimientos que consideraban que les habrían de ser indispensables a la hora de insertarse como miembros de pleno derecho en la actividad productiva, junto a los demás adultos.

En todas las épocas pasadas -y en todas las sociedades- los adultos han dedicado tiempo y esfuerzo a determinar qué es lo que era preciso enseñar a los jóvenes para convertirlos en adultos útiles; y, si somos conscientes de ello, tenemos que educar a los niños de modo que su inserción en la actividad productiva social les sea más satisfactoria y menos dolorosa. Por otra parte, la actividad productiva de las sociedades industriales capitalistas es cada día más metódica, racional y disciplinaria, por lo que a los niños les jugaríamos una mala pasada si los educáramos con si fueran a vivir en una sociedad permisiva o libertaria.

Siendo conscientes del tipo de sociedad en la que están destinados a vivir los niños, hay que evitar dos extremos en su educación: dejarles hacer lo que les dé la gana, y someterlos a una disciplina tan autoritaria que anule por completo su voluntad y los convierta en seres sumisos. La educación en el seno de la familia campesina tradicional apuntaba a esto último: el niño era educado sobre la base de un trabajo extenuante y sometido a una represión anuladora de toda iniciativa y de todo gesto voluntario, individual. En la sociedad industrial -como ya se ha señalado- no es posible ya esa forma de educación, porque no existe la base material del trabajo para los niños; no existe un trabajo duro y riguroso para toda la familia y, por lo tanto, no es posible ocupar al niño en unas tareas agobiadoras que modelen la atención y la voluntad del niño de forma profunda.

Muchos padres ven en esto último la principal dificultad para educar a los hijos. Por lo común, en los hogares urbanos no hay tareas en las que ocupar a los niños, por lo que no es posible modelar su voluntad, su atención y su destreza mediante la realización de las mismas. La separación de la familia y la actividad productiva impide a los padres educar a sus hijos en un doble sentido: primero, porque no existe ya la serie de tareas que el niño tenía que aprender (trabajos de por sí penosos y en cuya realización se forjaba la voluntad del niño); y, en segundo, porque los padres no pueden saber en cuál de las miles y miles de ocupaciones de la sociedad industrial se va emplear el niño cuando llegue a adulto.

Con el cambio de las condiciones de vida, la autoridad del padre ha disminuido hasta casi desaparecer; ya no puede educar a los hijos a su lado en el duro trabajo agrícola, como lo hacía el campesino. Y la autoridad de la madre también se ha visto reducida. Ni el uno ni la otra están ya en condición de ejercer con algún rigor su autoridad. Los padres se encuentran en la situación de no poder educar a sus hijos a partir de los 3 o 4 años; de modo que se ven forzados a compartir su educación con instituciones y personas especializadas desde que empiezan a ir a la escuela.

Lo que más grave de esta nueva situación es que (en la etapa por la que está pasando nuestro país) con frecuencia -con demasiada frecuencia-, los padres no pueden ni siquiera ayudar en la educación de sus hijos porque carecen de una cultura intelectual suficiente para entender lo que éstos hacen en la escuela. Esa situación resulta desesperante para los padres, pues no saben si los hijos estudian o no, si lo hacen de modo correcto o si les engañan, y, así, se ven impotentes para ejercer la mínima autoridad sobre ellos. En la actualidad, en nuestro país es ínfimo el número de padres capaces de entender los estudios de sus hijos (incluso de los que se hallan cursando Educación General Básica),¹¹ por lo que no pueden vigilar su educación y, menos aún, colaborar en ella. Y, sin embargo, de ser posible, la cooperación de los padres en la formación de los hijos sería muy fecunda.

De los datos y las condiciones objetivas que se han expuesto puede deducirse con facilidad que el margen que les queda a los padres para ejercer alguna autoridad sobre los hijos es escaso. Por esto, los padres se retraen, temerosos, y renuncian a imponerse; en la mayoría de los casos, con la justificación de que las nuevas generaciones son así, de que se trata de una corriente de los tiempos contra la que no se puede ir, por lo que no se puede hacer nada. Aunque también hay fuerzas sociales interesadas en reducir y desacreditar la autoridad de los padres (aun la estrictamente racional y justa, porque la hay) como egoísta, tacaña y trasnochada.¹²

Por lo demás, la cuestión sigue en pie: ¿es contraproducente para la formación de los niños la autoridad de los padres?; ¿las represiones (las limitaciones, las prohibiciones), las riñas e incluso los castigos corporales pueden poner en peligro la estabilidad emocional del niño al llegar a mayor, a hacerse adulto?

La vida en sociedad ofrece ventajas tan grandes para la especie humana que ésta se ha extendido por toda la tierra compitiendo con ventaja con especies mejor adaptadas y desplazándolas, llevándolas a la extinción o sometiénolas a su voluntad, hasta el punto de alcanzar una seguridad completa para su propia vida. Pero la seguridad que la sociedad humana ofrece a sus miembros tiene un precio y éste es la sumisión más completa a numerosas normas y regularidades: se viste, se come, se duerme, se anda por la calle, etc., etc., de acuerdo con normas, con arreglo a normas; los hombres que no nacen nada que no tenga sus normas adecuadas, sus normas propias.

No hace falta mencionar las normas que rigen en la producción, tan rígidas y rigurosas que no admiten excepción. Lo sorprendente es que tales normas son liberadoras, pues, en vez de limitarla, hacen posible la libertad real

¹¹ Octava llamada de nota a pie de página, sin el texto correspondiente.

¹² Novena llamada de nota a pie de página, sin el texto correspondiente.

de cada individuo. De hecho, una parte importante del aprendizaje del niño está dirigido a hacer propias o habituales las acciones regidas por normas. Es más: esas normas, en cuanto reguladoras de las acciones humanas, constituyen el procedimiento indispensable -único-, para que los individuos logren el dominio completo del propio cuerpo.

En relación con esto último se plantea otra pregunta: ¿por qué es tan importante el dominio del propio cuerpo? El pleno dominio del cuerpo es fundamental, porque la guía del comportamiento del hombre no son los estímulos animales sino la experiencia social interiorizada, asimilada, como algo propio. La guía de la conducta humana son las normas y los propósitos sociales,¹³ formulados todos (como toda la experiencia social) en palabras o -dicho de otro modo-, en pensamiento.

Como es bien sabido, cuando un individuo se dispone a llevar a cabo un propósito es fundamental que no sea perturbado ni afectado por nada. La mayoría de los padres tienen a mano un buen ejemplo de esto: un niño se dispone a estudiar o a realizar un trabajo de clase; si el niño no es capaz de prescindir de todos los estímulos animales del medio (ruidos, voces, colores, etc.), no será capaz de concentrarse en sus trabajo aunque esté horas ante los libros o ante el papel; ni estudia, ni juega; pierde el tiempo de forma estúpida. Éste es tan sólo uno de los casos en que el dominio del cuerpo resulta primordial, y el no conseguirlo, causa de muchos fracasos escolares. Pero, como muestra ese mismo ejemplo, pensar, meditar o proseguir con constancia y atención propósitos humanos, exige el pleno dominio del cuerpo; mejor dicho, exige que el cuerpo no perturbe -no interrumpa- el trabajo, como sucedería si de repente el individuo se viera afectado por un fuerte dolor de muelas.

Ahora bien, el dominio del cuerpo -esto es, la inhibición de todos los estímulos, internos o externos, de todos los deseos- no puede conseguirlo el individuo por sí mismo; es por completo imposible que lo consiga sin la imposición de los mayores. Si los padres no *reprimieran* de forma constante los impulsos inútiles de los niños, éstos jamás se elevarían a la condición de hombre, porque, por propia iniciativa, el niño no sería capaz de asumir las normas y los propósitos humanos (y nunca haría suyo el lenguaje y, por tanto, la experiencia social).¹⁴

La autoridad de los padres en forma de prohibiciones -el que los padres repriman constantemente los impulsos de los niños, desde empiezan a andar hasta un momento difícil de determinar en el que muchacho (por haber asumido las normas y propósitos sociales) desarrolla su propia autodisciplina y empieza a ser capaz de llevar a cabo con constancia los objetivos que se le propongan- es absolutamente necesaria. Pero conviene insistir en que, así como un buey no se somete al yugo por propia iniciativa, tampoco el niño desarrolla por sí solo la autodisciplina necesaria para realizar su personalidad. Pues esta analogía entre la domesticación de los animales y la represión de los instintos animales en el niño no es disparatada; el hombre domestica animales porque él ha sido domesticado antes (esto es, ha rechazado todos los impulsos animales para asumir la experiencia social).

¹³ Décima llamada de nota a pie de página, sin el texto correspondiente.

¹⁴ A partir de aquí, hasta el final, el texto coincide con el que se publicó previamente con el título «La educación de los hijos es educación y disciplina.»

Muchos padres temen que, si reprimen los impulsos inútiles de sus hijos, provocarán en ellos reacciones hostiles -respuestas de rencor- y que se alienarán su cariño. Ese temor es irracional y resulta de suponer que los niños pequeños reaccionan como los adultos y que sus acciones son conscientes y encuadradas por un propósito, cuya frustración puede dejar un rastro permanente, una lesión psíquica. Pero las reacciones del niño no obedecen a ningún propósito hasta bastante tarde, porque el niño no puede tener propósitos ni iniciativas; y las restricciones que los padres le impongan no tienen nada en común, por ejemplo, con las represiones policíacas de la dictadura franquista, como algunos quieren hacer creer a los demás.

Aunque un niño llore porque no le dejan coger un cuchillo, unas tijeras, una copa o cualquier otro objeto, no sufre ninguna frustración, porque no tenía ningún propósito, y, de hecho, a los pocos segundos ese mismo niño se sentirá atraído por cualquier otro objeto. Si la vida del niño -conforme a una práctica normal de crianza y de educación- viene estando sometida a regularidades, esas represiones armonizarán fácilmente con las regularidades anteriores y contribuirán a su desarrollo físico, emocional e intelectual de forma muy beneficiosa. En este sentido el niño encajará bien las imposiciones de los padres, por el profundo sentimiento de dependencia que se va desarrollando en él.

La satisfacción y la seguridad del niño no resulta de que le dejen o no tocarlo todo, o hacer lo que quiera (de hecho, no puede querer nada: no tiene iniciativa; no tiene conciencia humana), etc., sino que se deriva de que se vea rodeado siempre de una protección amorosa, de modo regular y ordenado. Por lo mismo, los padres no deben tener temor a ejercer su autoridad y a imponerse al niño desde la edad más temprana (fundamentalmente, desde que comienza a andar), si toda represión -toda prohibición- se enmarca en un plan regular de protección cariñosa, por desvelos constantes y por muestras objetivas de cariño. Además, el niño no elaborará respuestas conscientes de afecto hacia los padres antes de los cinco o seis años; antes de ser capaz de responder con cariño hacia los padres -al principio, de modo inconstante y veleidoso, pero cada día de forma más regular y firme-, tiene que recibir muchas muestras de amor por parte de aquéllos. A los niños no les perturba la autoridad regular, ordenada y firme de sus padres; lo que les trastorna es la arbitrariedad y el desorden, el que un día les riñan o castiguen por algo que otros días les permiten.

La arbitrariedad y el desorden les afectan a los niños porque trastornan sus respuestas ya elaboradas y condicionadas -sus reflejos adquiridos-, por lo que se ven obligados a producir nuevas respuestas. La arbitrariedad en el comportamiento hacia los niños los desconcierta, retrasa su desarrollo intelectual, perturba su desarrollo emocional, haciéndolos recelosos y desconfiados hacia los demás, e impide la formación de respuestas cariñosas, no ya hacia los padres sino hacia todos los adultos. Porque no son la autoridad y las represiones autoritarias, sino las manifestaciones arbitrarias de la autoridad, las que dejan una huella peligrosa para las relaciones sociales del niño en su futuro. Y conviene tener muy en cuenta que la capacidad del niño para establecer relaciones normales depende ante todo de las relaciones sociales, cuanto éstas han sido bien establecidas, y que esto resulta fundamental para él, porque esas relaciones sociales son los cauces más

fecundos para recibir y asimilar la experiencia social que convierte al individuo en un hombre útil, equilibrado y capaz de llevar a cabo sus propósitos sin desánimo.

Esta insistencia en el análisis de la conveniencia o inconveniencia del ejercicio de la autoridad de los padres sobre los hijos no debiera extrañar. Nos encontramos en un momento de *rechazo de todas las formas de autoridad*, debido a los crímenes cometidos por los gobiernos y sus policías en muchos países. Los abusos y los crímenes cometidos por las fuerzas represivas estatales, y la existencia misma de tales fuerzas, no tienen nada que ver con la autoridad ejercida por los padres. Éstos están muy lejos de ser colaboradores de los poderes establecidos por el hecho de que repriman acciones impulsivas de sus hijos. Las fuerzas policíacas de los gobiernos totalitarios al servicio de los grandes monopolios y de otros grupos de poder destruyen las libertades de los ciudadanos. Pero las represiones de los padres (amonestaciones, riñas, incluso -dejando de lado ñoñeces- algún azote, etc.), por el contrario, contribuyen al dominio de sí mismo y al desarrollo de la propia autodisciplina, que será la base de la libertad del niño al llegar a adulto.

Hace ya muchos años que un gran filósofo, Hegel, enunció este aforismo: "La disciplina es la base de la libertad". Sin regularidad, sin determinismo, no es posible la libertad. Rechazar la autoridad de los padres, la autoridad de los maestros, porque hay gobiernos que cometen grandes abusos de autoridad -rechazar toda disciplina que ennoblece al individuo, porque los gobiernos y las empresas abusan de la autoridad y de la disciplina- equivale a tirar la harina junto con el salvado.

En los días en que vivimos, y por diversos motivos, la autoridad paterna anda por los suelos con muy raras excepciones. Con el psicoanálisis, las revueltas juveniles, la contracultura, las violentas represiones policíacas y demás, la autoridad de los padres tiene muy mala prensa, especialmente entre los jóvenes izquierdistas que acusan a los padres de colaboración con las fuerzas represivas del régimen. Pero la situación real era (y es) bien distinta.

El pluriempleo -o las horas extras- para hacer frente a los gastos crecientes de la casa (el televisor, la lavadora, el coche, los gastos de los chicos y un largo etcétera) dificultan las relaciones del padre con los hijos, y los nuevos planes de estudio impiden que aquél pueda vigilar su educación. Pero hay también otras razones que dificultan esa educación: los numerosos factores culturales (o contraculturales) que inciden sobre los jóvenes a través de los medios de comunicación de masas (discos de música "juvenil", películas, *comics* en cantidades crecientes, etc.); la publicidad comercial, que exalta y halaga a la juventud para explotarla mejor; la glorificación de lo espontáneo y lo directo como valor superior en la música, en la literatura y en la pintura *psicodélica*, que no superan el techo del lenguaje, el colorido y las formas publicitarias comerciales; y la influencia de las bandas de amigos en las que los muchachos creen encontrar su verdadero hogar, sus amistades electivas, porque los otros muchachos tienen sus mismas aspiraciones imposibles (alcanzar las mismas satisfacciones que cualquier otro sin esfuerzo; o convertirse, sin una larga preparación, en un personaje brillante, popular, que gana dinero para satisfacer todos los deseos y caprichos que los diferentes canales de publicidad comercial han ido despertando en cada uno). Estos muchachos comparan su camaradería -la unidad de sus aspiraciones y la

mutua comprensión de sus problemas- con la supuesta tacañería de los padres,¹⁵ las riñas contantes por el abandono de los estudios o por llegar tarde a casa y la tristeza del hogar, siempre con el mismo sermón de que “gastas mucho”, “nunca llegarás a nada”, “eres un perdido”, etc., etc.

Por ese tipo de pendiente está visto que no se tarda mucho en llegar a afirmaciones -que pasan por verdades inconcusas en libros, revistas y periódicos y en conversaciones privadas- de que padres e hijos pertenecen a generaciones y a mundos distintos y hasta hablan lenguajes diferentes. Como las relaciones entre padres e hijos se han venido haciendo cada día más difíciles, los padres llegan a esa misma conclusión y terminan por no atreverse a amonestar a los hijos y por apenas hablar con ellos; descubren pronto que cualquier influencia sobre sus hijos es imposible, que las influencias externas son más poderosas y más eficaces, y que la autoridad de los padres disminuye en la misma medida en que aumentan esas otras.¹⁶

La disciplina del niño es fundamental para su desarrollo, pero no puede existir si los padres no la crean y la sostienen: sin la autoridad de los padres. Ahora bien, en las sociedades industriales capitalistas todo conspira -como se ha visto- contra la práctica efectiva de la autoridad por parte de los padres.

Como se ha repetido, el cambio que se ha producido en la familia urbana -al pasar de recibir los hijos que Dios envíe a tener los que el matrimonio quiera y cuando los quiera- empieza por debilitar de modo grave a los padres que tienen uno, dos o tres hijos *por amor* y porque pueden tenerlos. En las condiciones de la sociedad industrial capitalista, esos mismos padres tienen que armarse de valor para reprimir a los niños, negarles cualquier capricho o castigarlos por las faltas cometidas. El cariño mal entendido de los padres a los hijos debilita su autoridad y puede repercutir de forma negativa en la educación de los niños; quienes les dejen hacer lo que quieran y les concedan lo que les “apetezca” malcriarán a sus hijos. Pero también harán lo mismo aquellos padres que, inclinándose por la severidad, les impongan su voluntad y su autoridad, ya que, en tal caso, caben dos resultados distintos pero igualmente negativos: unos niños temerosos, sumisos y sin capacidad de iniciativa; o unos niños hipócritas, que ponen cara compungida delante de los padres pero por detrás se burlan de ellos sin guardarles ningún respeto.

En alguna parte y hace años he leído¹⁷ que *la educación es amor y disciplina*, y, aunque no recuerdo bien quién era el autor de esa sentencia, no la he olvidado porque es muy justa y verdadera: educación equivale a amor y disciplina, al amor severo del que se habló hace años. Ese aforismo -la educación es amor y disciplina- es la síntesis más valiosa y la guía más segura y correcta de la educación que debe practicar la familia en la sociedad industrial capitalista. Puede ser también el lema de nuestras familias, que están adquiriendo todos los caracteres de las familias urbanas industriales; y, para demostrar con plena evidencia, su acierto y justeza, voy a desarrollar de modo breve los términos del mismo.

¹⁵ Undécima llamada de nota a pie de página, sin el texto correspondiente.

¹⁶ Duodécima llamada de nota a pie de página, sin el texto correspondiente.

¹⁷ Probablemente en *Cómo enseña Gertrudis a sus hijos* o en *Cartas sobre educación infantil*, de J. H. Pestalozzi (1746-1827).

En primer lugar, a los hijos hay que educarlos, incluso por egoísmo y economía de esfuerzos. Pero una educación genuina, verdadera -que modele la conciencia del niño de manera que se comporte lo mismo delante de los padres que en su ausencia, y que se respete a sí mismo cuando esté solo y respete a los demás (ya se trate de los padres o de otras personas) cuando esté ante ellos- solamente se puede conseguir si la disciplina, la autoridad, va acompañada siempre del amor (si el niño obedece, más que por temor a disgustar a sus padres, por amor y, sólo en segundo lugar, por respeto). Pero conviene no olvidar que los niños tardan en responder al afecto de los padres con un cariño consciente, verdadero: hasta los cinco o seis años por lo menos, cuando algunos de los elementos de su temperamento y de su carácter ya están establecidos, ya están desarrollados. Desde que el niño empieza a andar hasta los cinco años es la disciplina la que opera con más eficacia en él; pero, desde los cinco años, aproximadamente, en adelante lo es el amor (la adhesión profunda a la madre) generado en él por el afecto nuclear, y a partir de ese sentimiento básico se desarrollarán más tarde tanto el cariño para con los padres como todos los sentimientos del niño.

Por lo mismo, hay que ejercer sobre el niño una autoridad regular, equilibrada, racional, sin bandazos; y hay que evitar de modo expreso reñir de modo violento al niño, o castigarlo, y a los pocos minutos acariciarlo y darle mimos, como para hacerle olvidar el castigo y congraciarse con él. Esos cambios desconciertan al niño, que acaba por no saber a qué atenerse; el niño quiere seguridad y regularidad, y, dentro de su limitada capacidad, debe entender el motivo del castigo. El que los padres impongan su autoridad al niño, el que lo disciplinen, no está en contradicción con el amor. Porque el amor, lo mismo al niño que a otra persona, no se le demuestra con frases melosas y mimos, como suelen hacer muchas madres que se comen al niño a besos después de tenerlo abandonado todo el día. El cariño se le demuestra estando a su lado siempre que necesite el apoyo de los padres, de modo que, cuando despierte asustado de noche, por ejemplo, encuentre en la oscuridad su voz y su mano para protegerlo. El amor de los padres se manifiesta en la seguridad de los niños, en la ausencia en ellos de reacciones de pánico o, por el contrario, en la naturalidad de su comportamiento.

Por último, la educación de los niños no se puede aislar del comportamiento de los padres entre sí. Si la relación entre los padres es desordenada y arbitraria -si tan pronto discuten, se gritan e insultan como se hacen caricias y mimos-, no se puede esperar que los niños no se vean afectados por esa conducta desordenada. Los padres tienen que aprender a respetar a los hijos desde la más temprana edad, y, fruto de ese respeto, es el buen ejemplo que deben dar a los hijos. Si los padres tienen conciencia de la influencia que ejercen sobre los hijos, deben respetarlos, respetándose mutuamente; y, en ese sentido, los hijos pueden ser el motivo para que la pareja mejore sus relaciones. Por lo demás, en cuanto ningún matrimonio está obligado a tener hijos, una vez que se han propuesto tenerlos y los tienen, es una obligación ineludible suya el darles en todo momento buen ejemplo, puesto que durante los primeros años de vida los padres son para los hijos la representación viva de la especie humana y éstos tratarán de formarse según su imagen.